
CONCHA GARCÍA

Árboles que ya florecerán

Montblanc, Igitur, 2001, 80 p.

Es éste un libro esperado para quienes hemos seguido la trayectoria poética de Concha García (La Rambla, Córdoba, 1956), pues con el anterior, su séptimo libro –*Cuántas llaves* (Barcelona, Icaria, 1998)–, alcanzaba ya, a nuestro parecer, su madurez y la consolidación como voz fundamental del panorama poético actual. De hecho, la obra poética de Concha García –lo hemos señalado en otra ocasión– encuentra un punto de inflexión a partir de su cuarto libro, *Pormenor* (Madrid, Libertarias, 1993), que abre una nueva etapa en su poesía, continuada con *Ayer y calles* (Madrid, Visor, 1994) –que fue Premio Jaime Gil de Biedma– y, sobre todo, con el ya citado *Cuántas llaves*, pues a partir de estos libros su peculiar tratamiento del lenguaje cede protagonismo al sujeto, pues la poeta traslada la fragmentación del lenguaje y su tensión al diseño del sujeto, el cual se erige en protagonista que, por otra parte, aunque tenso y fragmentado, sin embargo se hace más comprensible. Este hecho es el resultado de una evolución impelida por un deseo y un esfuerzo de comprensión del mundo, que tan absurdo y desconcertante se le mostraba, y que da como fruto, por una parte, un lenguaje más descriptivo y lógico y, por otra, una entronización del sujeto, eso sí, un sujeto múltiple y sin un centro. Y es que, en la poesía de Concha García, se observa nítidamente, sin la más mínima concesión al lector, la coherencia de todos los niveles de su discurso con la expresión de su concepción del mundo, es decir, si para la poeta el mundo es un absurdo, es un sinsentido y, por ello, indescifrable, entonces el lenguaje, el sujeto y el discurso han de transmitir esa sensación y sólo en la medida en que la poeta atisba un posible sentido, una lógica del desorden, su escritura y su yo también. Igualmente, en esta segunda etapa de su trayectoria, podemos observar cómo la poeta se aferra a los ritos cotidianos buscando un sentido en esa repetición, de ahí que su

lenguaje, en el afán de escrutar la realidad, se simplifique y describa, casi de forma naturalista, los más insignificantes hechos diarios.

La poesía de Concha García nos transmite siempre una sensación de pérdida, se cimienta sobre una suma de pérdidas que expresan el desencuentro con el mundo, de manera que el título de este nuevo libro, *Árboles que ya florecerán* –que toma de un verso de Clarice Lispector–, en principio nos sorprende por su sentido positivo, por su mirada hacia el futuro, algo que no está en la poesía anterior de Concha García, instalada en un presente vacío y sin solución de continuidad. Además, si tenemos en cuenta la importancia que el título tiene como fuente de sentido en sus poemas –lo que tan certeramente ha señalado Olvido García Valdés en el prólogo que precede al libro–, este título va a condicionar la lectura de sus versos. De hecho, como lectores casi nunca convocados en sus poemas –pues no es habitual en su poesía la segunda persona que nos implica– sin embargo no encontramos, leídos los primeros poemas, ninguna confianza, ni sentido en un futuro que está por llegar. Al contrario, encontramos, como en su poesía anterior, un sujeto disgregado, una no correspondencia entre el alma de la poeta y el cuerpo que la alberga, además de la ambigüedad y el desconcierto, por una parte, ante la realidad más cotidiana y, por otra, ante las posibilidades de actuación de su propio yo, ante todos los yoes que puede llegar a ser. A todos estos aspectos, ya presentes en sus poemarios anteriores, se añade una ignorancia sobre el futuro, un desconocimiento –expresado con puntos suspensivos y frases incompletas– que no era tan evidente, aunque sí estaba presente, en los libros anteriores pero que, ante la expectativa de un futuro halagüeño que nos daba el título, se hace más patente y perturbador, aún más cuando en el sexto poema –o mejor, fragmento– afirma “Tenía 19 años y ya sin porvenir”. Llegados a este punto el título ha perdido para el lector cualquier sentido positivo, aun más cuando, en el fragmento decimotercero, la poeta observa junto a ella otros “árboles ya florecidos” y, sobre todo, cuando en el vigésimo cuarto afirma que “los árboles florecen cuando saben”. A partir de esta cita nos situamos de nuevo en el punto de partida, el desencuentro con el mundo, ese no saber hacia dónde nos lleva, de manera que lo que interpretamos, en un principio, como atisbo de futuro, como esperanza en aquello que está por llegar todavía, sin embargo es la constatación de que nada puede prevenirse, el desconcierto ante el mundo, las mismas interrogantes que ya se formulaban en sus libros anteriores.

Árboles que ya florecerán es un libro unitario. No son poemas sueltos sino fragmentos que ayudan a percibir la contradicción presente en el mundo sobre la que, en esta ocasión, pone el énfasis. De hecho, la cita de E. M. Cioran que, junto a la de Clarice Lispector, introduce el libro nos orienta en este sentido:

Este es el drama de todo pensamiento estructurado: el no permitir la contradicción. Así se cae en lo falso, se miente para resguardar la coherencia. En cambio, si uno hace fragmentos, en el curso de un mismo día puede uno decir una cosa y la contraria ...

Entre los fragmentos de este libro no hay más conexión que la contradicción y las variaciones que, en torno a la cita de Clarice Lispector, aparecen. Las dudas y el desconcierto persisten al final del libro, también la sensación de derrumbe, de fracaso, que estaba tan presente en *Cuántas llaves*, el deseo de trascender la realidad cotidiana y su imposibilidad.

Olvido García Valdés, en el prólogo, apunta a “cierta confianza en el natural devenir de las cosas” por parte del sujeto, pero nos parece que se trata más bien de una aceptación del destino como un movimiento caprichoso que mueve el mundo y no permite avanzar a ningún proyecto de futuro que modifique su acelerado trazado.

Árboles que ya florecerán es un paso más allá en la trayectoria poética de Concha García. Sorprende de este libro su coherencia con la obra anterior y la manera en que la poeta es capaz de avanzar en su capacidad de transmitir su concepción del mundo y del ser sin renunciar a expresarse como un yo múltiple, a pesar de la dificultad que comporta para el lector. Las voces del yo se superponen pero no se solapan y rinden perfecta cuenta, como afirma en uno de sus versos, de que “el horizonte del ser es poroso”.

ROSA M^a BELDA
Universitat de València